



PENSAR LOS ORÍGENES DE LA SOCIOLOGÍA: TRES PROPUESTAS SOCIOLOGICAS

AUTOR
Leonardo Perpetuo
(UBA)

Cómo citar este artículo:

Perpetuo, L. (2020). Pensar los orígenes de la sociología: tres propuestas sociológicas. *Diferencia(s). Revista de teoría social contemporánea*, N. 11, pp. 129-138.

Artículo

Recibido 21/04/2020
Aprobado 15/10/2020

RESUMEN

El presente trabajo se propone analizar e indagar sobre aquellas ideas, sucesos, perspectivas y conceptos que influyeron en la transformación del pensamiento social y en la progresiva configuración del conocimiento sociológico, alimentando el surgimiento de la Sociología como saber diferenciado y especializado, dentro del contexto europeo moderno y occidental. Para ello se tomaron las investigaciones de Robert Nisbet en “La formación del pensamiento sociológico”, de Raymond Aron en “Las etapas del pensamiento sociológico”, y de Duncan Mitchell en “Historia de la sociología”, tres obras que salieron a la luz entre los años 1965 y 1973.

PALABRAS CLAVE: SOCIOLOGÍA; ORÍGENES; CONOCIMIENTO; SABER; MODERNIDAD.

ABSTRACT

This paper aims to analyze and inquire about those ideas, events, perspectives and concepts that influenced the transformation of social thought and the progressive configuration of sociological knowledge, feeding the emergence of Sociology as differentiated and specialized knowledge, within the European context modern and western. For this, the investigations of Robert Nisbet in “The formation of sociological thought”, of Raymond Aron in “The stages of sociological thought”, and of Duncan Mitchell in “History of sociology” were taken, three works that came to light between the years 1965 and 1973.

KEY WORDS: SOCIOLOGY; ORIGINS; KNOWLEDGE; MODERNITY; UNDERSTANDING

El presente trabajo tiene como horizonte indagar sobre los orígenes de la disciplina sociológica a partir de tres investigaciones que nos muestran diferentes causas, impulsos y líneas de desarrollo de la Sociología. Tales investigaciones son las realizadas en la segunda mitad del siglo XX por Robert Nisbet en “La formación del pensamiento sociológico”, G. Duncan Mitchell en “Historia de la Sociología”, y Raymond Aron en “Las etapas del pensamiento sociológico”.

Estos autores se consumaron como especialistas y expertos dentro de un contexto de institucionalización y profesionalización disciplinar consolidado, es decir, profesionales del siglo XX reconocidos formal y legítimamente. Esto, sumado a la distancia temporal indispensable para una reconstrucción disciplinar, y la trascendencia de sus obras y trayectorias para la Sociología, lleva implícito, necesariamente, conocimientos compartidos en el plano teórico, histórico y metodológico. Por otra parte, no es el interés del presente trabajo abarcar tales procesos de institucionalización de la disciplina y, menos aún, abordar las objetivaciones intelectuales para los cometidos prácticos¹, sino indagar sobre las fuentes de alimentación de surgimiento de la Sociología como saber especializado.

En las obras a analizar se encuentran distinciones de ideas y conceptos de diversos pensadores y teóricos que influyeron y nutrieron, sin importar su formación académica sino el grado de contribución, en los orígenes de la disciplina. Es decir, la importancia radica en la pluralidad de concepciones e ideas de diversa procedencia que nutrió al conocimiento sociológico; a diferencia de lo que implicó, por ejemplo, el aporte de las ideas contractualistas y de la filosofía de la Ilustración francesa para el impulso de las Ciencias Sociales y el derecho moderno.

Otra cuestión a tener en cuenta es que, si bien es posible rastrear genealógicamente a gran cantidad de ideas y conceptos del pensamiento social y llegar, en algunas cuestiones, hasta la antigüedad, no obstante, en las obras mencionadas y de modo selectivo, sólo algunas ideas impregnaron al conocimiento sociológico por ser determinantes en su papel de significación conceptual, dentro de un itinerario sinuoso, característico de un proceso inacabado de disputas conceptuales. Tanto la fuerza de los acontecimientos históricos, la elaboración, distinción y disputa de ideas y la conformación de los conceptos, juegan un rol diferente en cada propuesta, interactuando para la conformación de canales de alimentación en la transición del despliegue del pensamiento social a la formación del conocimiento sociológico. Se manifiesta, entonces, una transformación que contiene cursos no lineales e interactivos entre un proceso general de diferenciación y especialización progresiva del

saber, y un proceso de ponderación singular, según el peso específico que se le otorgue a cada dimensión analítica.

Estas distinciones, en definitiva, implican una consideración procesual y no dogmática de la construcción y consolidación del conocimiento al estar lejos de abogar por una explosión disciplinar de carácter revelador como punto de partida.

UNA RUPTURA INTELECTUAL

Como preludeo a las tres perspectivas es relevante señalar, siguiendo a Mannheim en sus definiciones sobre la sociología del conocimiento, la ruptura que hizo posible la aparición de nuevos modos de pensamiento, entre ellos, el sociológico. La intelectualidad del clero y la interpretación eclesiástica del mundo, característica de la Edad Media, fueron perdiendo terreno respecto a otras visiones ontológicas y epistemológicas y, progresivamente, surgieron nuevos modos de razonamiento. Por ello, Mannheim señaló la importancia del resquebrajamiento de la forma escolástica de pensamiento, ya que “la ruptura del monopolio intelectual de la Iglesia produjo un repentino florecimiento de una riqueza intelectual sin precedente” (Mannheim, 1987: 11). Así, ha surgido lo que denominó como una *intelligentsia* libre de cualquier organización de carácter hermético, producto, además, de una expansión y difusión de la concepción racionalista del mundo. En palabras de Berger (1999) esto mismo significa que “el Occidente moderno tiene un número creciente de individuos que contemplan el mundo y sus propias vidas sin el beneficio de las interpretaciones religiosas” (p. 134) como consecuencia de un proceso de secularización que abarcó aspectos socio estructurales, como los relacionados con la conciencia subjetiva.

El conocimiento social se inmiscuye en este proceso de secularización y, siguiendo a Portantiero y De Ipola (1987), “asistirá a la fundación de dominios de saber especializado, independiente de la teología y la filosofía” (p. 6). La visión de Miegge (2013) complementa esta posición epistemológica al argumentar que la Reforma expresa la crisis de la Europa Medieval y a las herejías medievales como antecedentes del pensamiento reformado, demostrando así la disputa religiosa. La repercusión de las tesis luteranas estaba, además, vinculada con la importancia de la imprenta y el uso de lenguas vernáculas para la difusión de las ideas del protestantismo. Así, “la reforma religiosa se convirtió en una revolución cultural” (p. 29). En definitiva, los postulados de Lutero se convirtieron en una expresión de la desintegración moral del orden vigente y, por ello mismo, contribuyeron con “un rompimiento de las cadenas autoritarias de la Edad Media” (p. 15).

Asimismo, la Reforma Protestante encontró un gran aliado en el movimiento humanístico renacentista en un proceso de fases ascendentes de burguesías nórdicas, en abierta oposición a la espiritualidad medieval. En definitiva, se dio

¹ Para esto mismo ver Shils, Edward (1974): “Intelectuales”, en David Sills, *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*.

el ascenso de una ponderación del humanismo como revelación laica e individualista que reflejó la crisis de los valores. La visión humanista tuvo su impacto primordial en la esfera del arte, predominando la valoración estética y, aunque sus resultados fueron valiosos también fueron inorgánicos (Tenenti y Romano, 1971).

Lo sociológicamente determinante en la visión de ruptura intelectual que argumentó Mannheim son las formas de pensamiento vinculadas a un determinado contexto histórico social a través del cual es susceptible de emerger el pensamiento individualmente diferenciado, lejos de considerar por esto a un individuo aislado y descontextualizado.

Mannheim distinguió a los nacientes puntos de vista en epistemológico, psicológico y sociológico. Los presentó en este orden ya que el pensamiento sociológico tuvo que abrirse camino frente a una cosmovisión individualista y subjetivista de la sociedad que negaba el carácter social del conocimiento y que extrapolaba estructuras del pensar escolástico al psicológico. La libertad de pensamientos tuvo que atravesar discrepancias con un sistema doctrinal unificado, proceso en el cual la Reforma Protestante cumplió un rol clave al subjetivar criterios. El crecimiento de la circulación social del saber y la creciente democratización general y movilidad social, provocaron disputas por la validez argumentativa producto del escepticismo de las ideas dogmáticas, provenientes de un sistema de pensamiento uniforme y jerárquico.

El resquebrajamiento de la uniformidad eclesiástica también fue alimentado por los intereses de los nacientes Estados políticos, centrados en la lucha por el debilitamiento de la Iglesia con el objetivo de instalar una visión estatal oficial. Así, el concepto naturalista y racionalista del mundo iba desplazando al religioso y, poco a poco durante el Siglo de las Luces, el tinte científico y la trama política y social se iban entremezclando. En definitiva, la incertidumbre se convirtió en la base de la ciencia social al recoger ideas enteramente nuevas.

SOCIOLOGÍA Y MODERNIDAD

Se hace evidente, entonces, la estrecha relación entre el surgimiento del pensamiento sociológico y la vida moderna. Esta relación fue explícitamente esbozada por Giddens (1993) definiendo al objeto de la Sociología como a aquellas acciones humanas en condiciones de modernidad, y como la disciplina más comprometida en el estudio de la vida social moderna. Asimismo, Giddens enmarcó a la modernidad como los modos de vida y la organización social que surgió en Europa desde el XVII, producto de las profundas transformaciones económicas, políticas y sociales. Transformaciones que, luego, se extendieron hacia otros territorios arrasando y reemplazando a otras formas de existencia de orden social.

La transición de un modo de producción feudal al capitalismo mercantil e industrial; la conformación y consolida-

ción de los nuevos Estados Nacionales; la desintegración de relaciones comunitarias; la división de las esferas pública y privada y la aparición progresiva de nuevos actores sociales, promovían un giro completo en el panorama europeo occidental y abrían las puertas de las Ciencias Sociales.

Las instituciones sociales bajo la modernidad se encuentran atravesadas por ciertas características distintivas como la celeridad y el ámbito del cambio, entendido este último como una supresión de barreras de comunicación, y formas singulares de la modernidad como el sistema político estatal y el trabajo asalariado, entre otras (Giddens, 1993). Es necesario remarcar, entre estos ejes, a las fuentes dominantes de la modernidad de las cuales extrajo la vinculación interactiva con el conocimiento social.

La separación entre tiempo y espacio, a través de la cual se desarrolló la organización social y la estandarización del tiempo, constituye una primera fuente dominante. La segunda, refiere al mecanismo de desanclaje de formas localizadas en las relaciones sociales modernas. Y la tercera, se encuentra en el vínculo sociología-modernidad, al referirse a la apropiación reflexiva del conocimiento, es decir, a la incorporación e internalización de conocimiento sistemático desde lo social, observándose, así, un movimiento recursivo de mutuo impacto entre el conocimiento y el devenir societal. Así, la doble hermenéutica es lo que constituye el lazo entre Sociología y modernidad y, por ello, Giddens elaboró un método de reflexión que lo sintetizó del siguiente modo: "el conocimiento sociológico da vueltas en espiral dentro y fuera del universo de la vida social reconstruyéndose tanto a sí mismo como a ese universo como parte integral de ese mismo proceso" (Giddens, 1993: 27). En definitiva, se trata de un conocimiento acumulativo completamente diferente al de las ciencias naturales ya que es activo e interactivo con su objeto y reconstructivo de sí mismo.

De la liberación intelectual de Mannheim a la apropiación reflexiva del conocimiento bajo la modernidad y sus propiedades de Giddens, se desarrolló un proceso epistemológico y ontológico original, preludeo y contexto de las propuestas sociológicas que se analizarán. Las tres perspectivas que se presentan a continuación, forman parte de trabajos de mayor amplitud. Pero, para los objetivos del presente escrito serán susceptibles de indagación aquellos conceptos e ideas considerados como gérmenes para el surgimiento y el desarrollo de la Sociología, a saber: Las tensiones morales y conflictos culturales bajo la propuesta de Nisbet, la idea de cambio y las teorías de la evolución social en Mitchell, y el método de Montesquieu en Aron.

Estos profesionales de las Ciencias Sociales son parte de una generación de académicos y profesores con el compromiso de hacer de la Sociología un cuerpo de saberes rigurosos de orientación crítica o conservadora. En este sentido, es importante mencionar, en consonancia con Lamo de Espinosa (2001), que están atravesados por el contexto de la Revolución Rusa y la Gran Guerra, la crisis de 1929, la

República de Weimar y el ascenso del fascismo, la Segunda Guerra Mundial, el Holocausto y la Guerra Fría. En el plano intelectual, están inmersos en las disputas del marxismo o las teorías del conflicto y el antimarxismo o teorías del consenso. No obstante, compartían la visión de una ciencia social posible, y de la racionalidad occidental “como motor del pensamiento y de la historia” (p. 36).

TENSIONES MORALES Y CONFLICTOS CULTURALES

La propuesta de Nisbet contiene tres ejes explicativos e interconectados para pensar el origen de la Sociología. Un primer eje está centrado en la primacía que le otorgó a la tensión moral y cultural entre dos mundos diferentes, un mundo tradicional en progresivo declive y uno moderno², en ascenso. Un segundo eje extrapola la oposición y el conflicto cultural entre ambos mundos al terreno de las disputas políticas y sociales. Y el tercer eje de análisis, plantea la distribución y el perfil del contexto ideológico del siglo XIX como semillero conceptual para la Sociología.

La tensión moral fue expresada por el sociólogo norteamericano en dos conjuntos de valores opuestos: por un lado, la comunidad, la autoridad moral, la jerarquía y lo sagrado en el mundo feudal y medieval y, por el otro, el individualismo, la igualdad, la liberación moral y el racionalismo de un nuevo orden aún indefinido y directamente potenciado por la filosofía de los siglos XVII y XVIII. Este nuevo orden alcanzó su punto eminente con las ideas Iluministas de la razón provenientes de Francia e Inglaterra, a través de cuestionamientos a la autoridad medieval, a los lazos del individuo con el Antiguo Régimen y a la proclama por la liberación de las ataduras de la tradición.

Nisbet evidenció que la tensión moral no influye directamente sobre el conocimiento sociológico, sino que lo hace mediada por la posición epistemológica. Es decir, estas tensiones morales se convierten en conceptos y categorías por medio de *aprehensiones* teóricas, empíricas y metodológicas³. Nisbet definió tales conceptos como *ideas-elemento*, conjunto de pares antinómicos que constituyen la *médula de la Sociología*, ya que son “ideas que persistieron a través de la época clásica de la sociología moderna y llegan, en verdad, hasta el presente” (Nisbet, 1969: 17). Tales conjuntos de pares están directamente influenciados por el conflicto entre tradición y modernismo, a saber: comunidad/sociedad, autoridad/poder, status/clase, lo sagrado/lo profano, alienación/progreso. El autor expresó que, si bien, las influencias antagónicas resultan claves para nutrirse, la particularidad

de la Sociología es que constituye la única Ciencia Social contemporánea en la que la tensión entre los valores se encuentra enraizada y arraigada en su estructura conceptual y en sus supuestos primordiales. En sus explicaciones, refuerza sus argumentos al considerar a *lo moral* como la base de la Sociología moderna ya que “las grandes ideas de las ciencias sociales tienen invariablemente sus raíces en aspiraciones (y conflictos) morales” (Nisbet, 1969: 33). Proceso de secularización mediante, las ideas se incorporan al conocimiento sociológico del siglo XIX.

Las aspiraciones morales, se desplegaron, además, en el terreno de los hechos a través de los propósitos sociales y políticos como otra dimensión en la disputa del racionalismo versus la concepción medieval. Es decir, la Revolución Industrial y la Revolución Francesa fueron influenciadas, desde este esquema de análisis, por ideas precedentes y, al mismo tiempo, aceleraron y delinearon el contexto ideológico imbuido por el liberalismo, el radicalismo y el conservadurismo, ideologías que marcaron el transcurso del siglo XIX.

Por un lado, la Revolución Industrial impulsó a pensar, formular y reformular temáticas en relación con la situación de la clase trabajadora, la ciudad industrial, el sistema fabril, la transformación de la propiedad y la tecnología. Por su parte, la Revolución Francesa implicó, a través de un proceso de secularización, una gran revolución ideológica, con fuerte impacto en la consideración de la razón y los principios morales; la ley y la política, el poder, la administración pública, el Estado y su relación con la esfera religiosa; las clases sociales, los derechos y la ciudadanía, la naturaleza de la propiedad; la nación y el nacionalismo, el igualitarismo. Es, en este contexto ideológico, que se configuraron, definitivamente, las ideas fundamentales de la Sociología, en lo que Nisbet denominó *el gran período formativo*. Período, desde 1830 a 1900, atravesado por el desprendimiento de la matriz de la filosofía moral, y la conformación de las bases del pensamiento sociológico contemporáneo, con figuras determinantes como Tocqueville, Marx, Tönnies, Durkheim y Weber⁴.

Luego del primer eje de análisis, basado en la tensión moral entre tradición y modernidad, y el segundo, centrado en la Revolución Industrial y la Revolución Francesa, el tercer eje de análisis que propuso Nisbet es la configuración ideológica del siglo XIX a partir de tres fuentes: el liberalismo, el radicalismo y el conservadurismo.

Respecto al liberalismo, Nisbet expresaba premisas de continuidad con el racionalismo individualista y las ideas iluministas de los dos siglos anteriores. Estas premisas alimentaron la visión de un orden social basado en intereses racionales, al abanderarse con los derechos civiles y políticos, la emancipación de los lazos religiosos y la lucha contra las instituciones tradicionales (percibidas como obstructo-

² “...el mundo que la Reforma, el capitalismo, el nacionalismo y la razón lo engendrarán, y la Revolución (francesa) había dado ahora nacimiento” (Nisbet, 1969: 28).

³ Cuatro criterios son los diferenciados por Nisbet para la elección de Ideas-elemento: Generalidad, continuidad, distinción y perspectiva o referencia.

⁴ En otros pasajes incorpora a Simmel.

ras y corruptoras), en pos de la autonomía individual y el cultivo del progreso a través de la estructura del Estado y la economía. El radicalismo del siglo XIX expresó su convicción en la razón y, desde el sentido secular, la mira se colocó en la fuerza política de la sociedad y en el uso político del poder para la liberación del hombre. En este sentido, esta corriente denunció las condiciones de subordinación y las desventajas provenientes de las relaciones sociales establecidas a partir del sistema económico, político y social de la Europa occidental. Nisbet distinguió un aspecto novedoso en la resignificación y redescubrimiento de lo medieval manifestado en el conservadurismo⁵ (tercera fuente de configuración ideológica del siglo XIX), a partir de la férrea oposición a las ideas expresadas en el Iluminismo y en la Revolución Francesa de finales del XVIII. Lo definió como una fuerza anti iluminista llevada adelante por *profetas de lo pasado*; como el primer gran ataque al modernismo y a sus elementos políticos económicos y culturales. Este conservadurismo, según Nisbet, no solo representó el primer gran ataque a la modernidad, sino que se conformó en el cuadro conservador del modernismo, al preponderar un pasado institucional y al llevar al plano de las ideas, el redescubrimiento de lo medieval. Sociológicamente implica una respuesta conservadora a la modernidad, dentro del modernismo, al tratarse de “la reacción del tradicionalismo contra la razón analítica, del comunalismo contra el individualismo y de lo no racional contra lo puramente racional” (Nisbet, 1969: 21).

Sin embargo, la relación estrecha entre el medievalismo y la Sociología no terminó en dicha respuesta, sino que se convirtió en fuente de imaginación e inspiración sociológica para elaborar conceptos no solo críticos al modernismo sino también como fuentes de alimentación a conceptos ligados al análisis de lo moderno. Esta inspiración sociológica implicó la reconversión de las mismas tesis conservadoras a objetivos de construcción sociológica específicos, moldeados hacia objetivos racionalistas y científicos. El concepto de *comunidad*, dentro de la perspectiva y disciplina sociológica del XIX, constituyó un arquetipo característico del proceso antes descrito; en este sentido, fue empleado por Durkheim desde una posición metodológica, por Comte desde una forma sustantiva, y por Tönnies y Weber desde un empleo tipológico. Tal es la importancia y la fuerza del concepto de *comunidad* en la Sociología, que Nisbet equiparó su importancia con la que tuvo, en siglos anteriores, la idea de razón.

El peso específico del conservadurismo en la Sociología proviene del proceso de transfiguración de sus premisas, desde la naciente Ciencia Social moderna. Este proceso fue atravesado por la paradoja que caracterizó la formación de la Sociología: “por sus objetivos y por los valores políticos

y científicos que defendieron sus principales figuras, debe ubicársela dentro de la corriente central del modernismo, pero por sus conceptos esenciales y sus perspectivas implícitas está, en general, mucho más cerca del conservadurismo filosófico” (Nisbet, 1969: 33).

LA IDEA DE CAMBIO Y EVOLUCIÓN SOCIAL

Mitchell distinguió entre las tradiciones que fueron centrales para el desarrollo de la Sociología del siglo XIX, y aquellos impulsos previos que moldearon el pensamiento social. De las primeras tradiciones realizó una subdivisión entre la especulación pasiva y el pensamiento filosófico, por un lado, y el estudio de los hechos con perspectiva reformista, por el otro. Más importante aún fue la relación y yuxtaposición entre ambas, ya que será la que nutra a la Sociología y a las Ciencias Sociales en general. Mitchell incorporó una clasificación de ideas que aportó al desarrollo de la Sociología en el siglo XIX, a saber: una división en categorías de las ideas utópicas; el pensamiento filosófico de la sociedad como totalidad; y los intentos de estudios científicos y sistemáticos de la sociedad.

Para describir los impulsos previos, la propuesta de Mitchell pone el foco en las influencias y estímulos para el surgimiento de una ciencia directamente vinculada a dos ejes esenciales: una teoría del cambio social de carácter evolucionista y la preocupación por encontrar bases que sirvan para una reconstrucción societal en pos del resquebrajamiento del orden feudal. Ambas cuestiones, teorías del cambio social y la búsqueda y justificación de un nuevo orden, se encuentran ligadas en el pensamiento de la Ilustración Francesa. Entre las influencias más importantes destacó el francés Bossuet con su “Discurso sobre la historia universal” de 1681, discurso que repercutió directamente sobre los estadios de desarrollo⁶ de la sociedad humana elaborados por el fisiócrata francés R.J. Turgot, en 1750. Mitchell también remarcó la influencia de los escritos del escocés David Hume y el ensayo de Condorcet, de 1794, titulado “Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano”, en el que el progreso de la civilización constituye su lema principal. Le otorgó especial crédito a Montesquieu por “El espíritu de las Leyes” de 1748, ya que representó una las críticas más importantes al absolutismo y despotismo monárquico europeo, y un modelo de división de poderes, a partir de la relación y el equilibrio, representada en una monarquía constitucional. La trascendencia de estas obras y autores para la sociología, según Mitchell, fue la consideración e influencia en las ideas de Saint-Simon y

⁵ Nisbet resaltó a Burke, Bonald, Haller y Coleridge en los ataques a la reforma protestante, la democracia popular, la tecnología y el secularismo, y defensores de la tradición medieval.

⁶ “Cuadro filosófico de los progresos sucesivos del espíritu humano: seguido del plan de dos discursos acerca de la historia universal y de las reflexiones sobre la

Comte, en la construcción de la *física social* y la *sociología*⁷ respectivamente.

SPENCER Y LA EVOLUCIÓN SOCIAL

En la propuesta de Mitchell, la idea de evolución social representa la tradición más importante y con mayor influencia del pensamiento sociológico del siglo XIX. Asimismo, esta propuesta considera, a Spencer, como el mayor exponente del evolucionismo social por la influencia de sus conceptos y, en especial, por la clasificación de la sociología como “el estudio de la evolución social en su forma más compleja” con el fin de conocer la correspondencia entre las ideas y el tipo evolutivo de sociedad (Mitchell, 1973: 52).

El destino de los argumentos de Spencer estuvo marcado por el carácter contradictorio en algunos de ellos, lo que llevó a considerarlo, de forma holística, como un pensador que carecía de coherencia. Un ejemplo sustancial de ello es la oscilación en la consideración de la sociedad como una unidad o la sociedad como una multiplicidad de componentes⁸.

Los esquemas evolucionistas de Spencer representaron dos morfologías sociales. El primer esquema que elaboró fue diseñado a partir de la evolución de sociedades simples, como un todo, independiente y no subordinado a sociedades complejas. En este sentido, distinguió a sociedades doblemente y triplemente complejas, éstas últimas correspondientes a las grandes civilizaciones mundiales como el Imperio Egipcio, el Romano, Gran Bretaña, Francia, Alemania y Rusia. El segundo esquema, de elaboración más simple, dividió a las sociedades en otras dos sucesivas: una de tipo militar, organizada para la guerra con un gobierno fuertemente centralizado, un Estado represor que subordina otras esferas y realza la vida pública y una sociedad estratificada por rangos; otra de tipo industrial, con un gobierno descentralizado bajo cierto control popular, donde la diversidad de creencias y los derechos individuales tienen mayor peso, y la función estatal pasa de controlador a facilitador del desarrollo general, disminuyendo la jerarquía del rango en pos del contrato en las relaciones sociales.

Lo interesante es que la primera morfología de Spencer cae en el olvido y no vuelve a mencionarla. Mitchell expresa una posible razón de este olvido: que Spencer había tomado nota de que su analogía orgánica era débil. Más importante aún era que a su alrededor las preguntas circulaban sobre la naturaleza de la moderna sociedad industrial, con el énfasis en la intención de describirla y comprenderla. En este

contexto, la tendencia intelectual iba girando, poco a poco, de la idea de cambio social a la de estructura social.

Existe, además, algo esencial en la teoría de la evolución de Spencer que Mitchell explicó, y que refiere a la analogía entre el organismo biológico y la sociedad. La vida orgánica y la superorgánica constituyen, para este autor, un proceso de desarrollo que supone crecimiento en cantidad y complejidad, traducido esto en la diferenciación y multiplicidad en la estructura y función. El organismo humano es análogo a la moderna sociedad industrial ya que el primero trata de un caso más tardío del proceso evolutivo orgánico (con sus complejos sistemas mantenedores, distributivos y reguladores), y el segundo, de la moderna sociedad industrial como el caso más tardío del proceso evolutivo superorgánico (social) con sus respectivos aspectos económicos y gubernamentales.

Si el objetivo es evaluar el aporte de Spencer a la Sociología, Mitchell distinguió el organicismo y el estudio de la estructura y la función, como los aspectos que sobresalen. Y de aquí proviene la influencia de Spencer: “que la sociedad humana, al igual que la orgánica ofrece cualidades sistemáticas. De aquí que una sociedad pueda ser definida como una estructura formada por partes interdependientes y que la naturaleza de dichas partes pueda ser descrita y analizada” (Mitchell, 1973: 64). Esto significó, además de los aportes al conocimiento sobre la idiosincrasia de la sociedad moderna, una apertura para el análisis del estructural funcionalismo que acogió el siglo XIX a su gran desarrollo, en Gran Bretaña y Estados Unidos.

Lo paradójico es que esta trayectoria, al mismo tiempo que fue impulsada por su orientación biologicista, también fue obstaculizada por la interpretación unilineal de la misma y, más obstaculizada aun, por su filosofía individualista y liberal. La influencia de Spencer en otros pensadores fue importante, aunque “hasta que no se dejó de dar tanta importancia a lo biológico, y empezó a decaer la filosofía individualista, no pudo la sociología desarrollar más sus propios métodos de pensamiento” (Mitchell, 1973: 65).

El pensamiento social evolucionista continuó, a través de la teoría evolucionista del cambio y la analogía orgánica. Mitchell recogió a algunos darwinistas sociales que combinaron la teoría de la evolución social con la idea de selección natural, además del crecimiento de estudios comparativos de las instituciones sociales, con el objetivo de encontrar algún principio estructural regulador de distintas formas de institución, durante el siglo XIX.

También encontramos una marcada intención y contribución a reorientar el pensamiento sociológico, en autores trascendentales como Durkheim y Weber. En este último la Sociología comparativa y sus aportes metodológicos fueron cruciales para los estudios de la moderna civilización occidental y, fundamentalmente, para el desarrollo de la sociología de finales del siglo XIX y principios del XX. Antes de Weber, Durkheim consolidó un quiebre fundamental en este

⁷ Fue el primero en utilizar la palabra sociología en 1839 en el cuarto volumen de “Curso de filosofía positiva”.

⁸ Esto fundamentalmente en “Principios de Sociología” en donde Spencer fluctúa entre la consideración de la sociedad como un todo integrado, pero por momentos demostró la evolución de la sociedad humana en sus componentes religioso, industrial, militar y profesional.

camino simultáneo de continuidad y reorientación. En sus estudios fueron elaborándose cuestiones relacionadas con la cohesión social, el interés por el elemento social y definiciones de una ciencia de la sociedad, abordando a la sociedad moderna como un nuevo tipo de especie social.

Mitchell resaltó que Durkheim conocía en profundidad el segundo análisis morfológico spenceriano, como así también los trabajos de Tönnies sobre comunidad y sociedad. Durkheim, en sus argumentos, y con el objetivo de detectar el factor social, fue poniendo en tela de juicio la filosofía individualista y utilitarista prevaleciente, tan estrechamente asociada al nombre de Spencer, fue alejándose así, cada vez más, de la visión de unilinealidad respecto a la evolución social.

EL MÉTODO DE MONTESQUIEU

Raymond Aron entiende a la Sociología como “el estudio que se pretende científico de lo social como tal, sea en el nivel elemental de las relaciones interpersonales, o en el nivel macroscópico de los grandes conjuntos, las clases, las naciones, las civilizaciones o utilizando la expresión corriente, las sociedades globales” (Aron, 1980: 16). Considera fundadores de esta perspectiva a Montesquieu, Comte, Marx y Tocqueville.

En este sentido Aron explicó que la intención científica es esencial para aprehender lo social, pero una intención que sea radical en la búsqueda de dominio de la sociedad, como parte de un proceso de secularización, e inseparable de cuestiones y concepciones filosóficas y de ideales políticos. Montesquieu cumplió con tales requisitos y, se puede decir, que dio el puntapié a un modo de pensar sociológico que se alimenta de tradiciones y, en este caso, de la escuela francesa de sociología política⁹.

El carácter moderno, la interpretación e intención sociológica, y la reflexión, son características que Aron atribuyó a las obras de Montesquieu. Estas características lo convirtieron en un doctrinario, en especial, a partir de “Consideraciones sobre las causas de la grandeza y la decadencia de los romanos”, de 1734, y de “El espíritu de las Leyes”, de 1748. En estas dos obras, Aron descubrió el método sociológico de Montesquieu que logró pasar del dato caótico, incoherente, infinito y en variedades múltiples (como leyes, costumbres, usos, ideas e instituciones) a un orden pensado y congruente, particularmente, a través de la búsqueda de causas profundas y de la organización en un número determinado de tipos. Lo que distinguió fue la coherencia y el proceso de ordenamiento interno en el pensamiento heterogéneo de Montesquieu, a través de la compatibilidad entre la teoría de los tipos de gobierno y la teoría de las causas, ambas en

“El espíritu de las Leyes”. Aquí reside, según Aron, la originalidad de Montesquieu, ya que la distinción de los tipos de gobierno tiene su correlato en una distinción de las organizaciones y las estructuras sociales. Esto es, a cada uno de los gobiernos se le asocia una determinada sociedad; a diferencia de la política clásica que vinculaba cualquier modalidad de organización política a la ciudad griega.

Para Montesquieu, en la naturaleza de gobierno no sólo es crucial el número de los que lo ejercen sino también el modo de hacerlo. En el modo republicano, que incluye al democrático y aristocrático, una parte del pueblo o corporación tiene el poder soberano. En el monárquico, por su parte, una sola persona detenta el poder, en base a leyes fijas y establecidas. En el despotismo, el poder detentado es también de un solo individuo, pero es ejercido sin ley ni regla.

También, y en esto radica el principio de cada tipo de gobierno, existen sentimientos políticos que aseguran la estabilidad. La virtud corresponde a la república, que será próspera a medida que los hombres sean virtuosos en relación al respeto a las leyes y a la consagración del individuo a lo colectivo, al patriotismo, y al sentido de igualdad como ciudadanos. El honor, corresponde a la monarquía, aunque Montesquieu lo definió como un *falso honor* ya que se trata del respeto por el rango, supone jerarquías, y un origen noble que reclama preferencias y distinciones, con sentidos de desigualdad. El temor corresponde a un sentimiento infra político, un régimen corrompido: el despotismo. En definitiva, la teoría del principio remite a una teoría de la organización social y, aunque Aron era consciente del riesgo de caer en determinismos, también destacó la incidencia de la variación de la vida social respecto del modo de ejercicio del gobierno.

La separación de poderes, en tanto cooperación y equilibrio, constituye la mirada de la sociología política de Montesquieu sobre la base de un modelo societal y constitucional aristócrata¹⁰. Aron destaca, especialmente, la importancia otorgada por Montesquieu a que no exista un poder ilimitado.

Montesquieu da un paso desde la sociología política a una sociología de carácter general, mediante el argumento de la unidad del *espíritu general*, sin excluir las causalidades parciales. El espíritu general de la nación está integrado por causas físicas, sociales y morales. Estas causas contienen características que se fueron construyendo a través de variedad de situaciones en el transcurso del tiempo, en una colectividad dada. Las causas morales cumplen un rol vinculante en el desarrollo de Montesquieu ya que criterios considerados universalmente válidos como la justicia, la igualdad y la reciprocidad permitieron sostener juicios de valor o de moral acerca de las instituciones vigentes. De no haber sido así, cierto determinismo hubiera impedido juzgar al despotismo y la esclavitud.

⁹ A su vez a Montesquieu lo consideró como fundador de esta escuela junto a Tocqueville y Halevy.

¹⁰ Debido a que Montesquieu centró los fundamentos de un Estado libre y moderado en el equilibrio entre las clases sociales y entre los poderes políticos.

Lo sociológicamente original de Montesquieu, desde la percepción de Aron, es su utilización de la metodología de la observación de las leyes positivas, la explicación de causas múltiples y los consejos prácticos al legislador, en función de la explicación científica de las leyes.

Si bien Aron ubicó a Montesquieu entre los fundadores de la sociología, luego de exponer su influencia en la disciplina, modificó el rótulo de fundador a precursor. Las razones de este cambio las fundamentó en base a que Montesquieu no abordó ni razonó en torno a la sociedad moderna y porque sus categorías de análisis se acercan más a la filosofía política clásica, por elaborar la concepción de la sociedad en base a su régimen político. Esta aparente ambigüedad no significó una falta de reconocimiento, por el contrario, resaltó el mérito de Montesquieu al revalorizar su intención sociológica, su metodología y al reintegrar el pensamiento político clásico en concepciones sobre la sociedad de su tiempo.

CONSIDERACIONES FINALES

Las tensiones morales y culturales en la conceptualización sociológica y la conformación de las ideas-elemento en Nisbet; la idea de cambio y las teorías de evolución social que influenciaron el pensamiento sociológico y la reorientación de algunos sociólogos clásicos en Mitchell; y el método precursor de Montesquieu en Aron, escenifican tres enfoques, no excluyentes, para pensar los orígenes de la Sociología. Estos encuadres, si bien parten de puntos diferentes, demuestran el carácter multidimensional en el proceso de construcción disciplinar. Este carácter se agudiza por ser una disciplina directamente vinculada a la modernidad y al proceso de construcción de las Ciencias Sociales bajo el paradigma de doble hermenéutica. La particularidad es que el itinerario de la Sociología y sus conceptualizaciones está inmerso en un proceso constante de resignificación, en un juego de impactos progresivos entre el conocimiento y las dimensiones del contexto histórico social.

Constituir una disciplina dinámica y atravesada por un *continuum* reconstructivo, implica la dificultad que reviste, intrínsecamente, el remarcar y visualizar el salto al conocimiento sociológico. Es claramente posible considerar al siglo XIX como el período de mayor riqueza del conocimiento sociológico, en el que se establecen los indicadores que le otorgan a la Sociología el carácter de ciencia moderna, clave para la definitiva consolidación de este saber. Estos enfoques demuestran que una definitiva consolidación conlleva, necesariamente, el proceso previo de diferenciación y especialización de un determinado saber y la progresiva vinculación multidimensional en el surgimiento del conocimiento sociológico.



BIBLIOGRAFÍA

- Aron, R. (1965). *Las etapas del pensamiento sociológico I. Montesquieu-Comte-Marx-Tocqueville*. Buenos Aires: Ediciones siglo veinte. Ed 1980.
- Berger, P. L. (1999). *El Dósel Sagrado. Elementos para una sociología de religión*. Buenos Aires: Amorrortu editores
- Berthelot, J.M y Mehler, P. (2003). *La construcción de la Sociología*. Buenos Aires: Editorial Nueva Visión.
- Giddens, A. (1990). *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza Ed. 1993
- Lamo de Espinosa, E. (2001). La sociología del Siglo XX. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 96, pp. 21-50.
- Mannheim, K. (1929). *Ideología y utopía. Introducción a la Sociología del Conocimiento*. México DF: FCE. Ed. 1987.
- Miegge M. (2013). *Martín Lutero. La Reforma Protestante y el nacimiento de las Sociedades Modernas*. España: Editorial Clie.
- Mitchell G. D. (1973). *Historia de la sociología 1*. Madrid: Ediciones Guadarrama. Colección universitaria de bolsillo punto omega. Ed 1973.
- Nisbet, R. (1966). *La formación del pensamiento sociológico 1*. Buenos Aires: Amorrortu editores. Ed. 1969.
- Portantiero J. C. y De Ipola, E. (1987). *Estado y Sociedad en el pensamiento clásico. Antología conceptual para el análisis comparado*. Buenos Aires: Editorial Cántaro.
- Tenenti, A. y Romano, R. (1971). *Los fundamentos del mundo moderno. Edad media tardía, reforma, renacimiento*. España: Historia Universal Siglo XXI.

SOBRE EL AUTOR

Leonardo Perpetuo / leoperp@hotmail.com
Universidad de Buenos Aires

Licenciado y Profesor de Sociología (Universidad de Buenos Aires). Investigador independiente en temas vinculados a Teoría Social y las Ciencias Sociales. También son de su interés la formación y el desarrollo de procesos históricos y económicos. Actualmente se desempeña en el área de recursos humanos, en el sector privado, y en consultoría y asesoría en investigación social.